

MARIA
THEREZA
ALVES



INSTALACIONES
Y FOTOGRAFÍAS

Maria Thereza Alves

nº



Maria Thereza Alves pasó una infancia brasileña en Nueva York, como otros viven, en Nueva York, infancias puertorriqueñas, angoleñas, polacas, colombianas o poblanas. Ahora reside en Cuernavaca. No tiene, quizás, mucha importancia, aunque este múltiple estatus de emigrado—involuntario al inicio, voluntario ahora—significa, por un lado, que Maria Thereza pudo haber desarrollado un sentimiento múltiple de la nostalgia; desemboca eventualmente en una exacerbada conciencia de resistencia. Por otro lado, Maria Thereza recibió y luego adoptó casi naturalmente, la pluralidad cultural, desde el “síndrome del exiliado” y los beneficios de lo que aún llamamos (por una contraposición que, en los últimos años ha perdido mucho significado) primer mundo; desde la cultural afro-portuguesa de las costas de Brasil y el “sincretismo mexicanista”. Los movimientos perpetuos de Maria Thereza Alves repercuten en las circulaciones de datos culturales que animan sus obras, escogidos en contrapunto unos de otros y deliberadamente confundidos.

Neoyorquina de formación, brasileña de corazón, acento y todo, mexicana de adopción (aunque apenas un barniz, por el momento). Maria Thereza nos lleva del Amazonas—zona de conflictos culturales, además de económicos y ecológicos— a Nueva York convertida ahora en capital de todos los sincretismos. Es decir; realiza obras de tipo conceptual, forma neoyorquina si las hay, para expresar sus dudas, sus conflictos, sus tensiones de brasileña desplazada. Las herramientas mismas que utiliza Maria Thereza reflejan estas tensiones: mezcla la escultura y la fotografía elaborada como espacio narrativo, la instalación, derivación de la museografía y el grabado, documento antes de ser un arte. Integra estos elementos en un espacio determinado, sin buscar—como otros resaltar lo “espectacular”: trabajo anti-teatral, que se sitúa por lo tanto a medio camino entre lo “artístico” y lo “documental”.

Es decir que el trabajo de Maria Thereza Alves se ofrece antes que nada como discurso político, aun cuando esto no sea tan evidente en sus ensamblajes de materiales naturales, ni en las ambigüas relaciones que introduce al tratar a la naturaleza en la perspectiva del museo de ciencias naturales (el Amazonas convertido en escenografía y sus escasos restos apresados en burbujas de plástico transparente) o su condición de mujer latina obligada a retener sus sentimientos. Resulta casi obvio enunciarlo; Maria Thereza no puede separar su trabajo como artista de su labor como militante ecologista (a la que ha dedicado quizás más tiempo que a su arte en los últimos años). No es ninguna paradoja; en ambos casos trata los mismos temas: la preservación de la cuenca del Amazonas, amenazada por la tala, la transformación de este “pulmón del planeta” en cultivos controlados y su invasión por las industrias modernas; una reivindicación de las actividades femeninas en tanto que reacción a la destrucción...

Oliver Debroise